

Francisco Coll, Apóstol de la Palabra



13

En alas de un sacerdocio-evangelizador



En alas de un sacerdocio-evangelizador

El día 28 de mayo de 1986 se celebraba el 150 aniversario de la ordenación sacerdotal de un joven diácono... De manos de don fray José de Tejada, ex-superior general de la Orden de la Merced, Obispo de Solsona; recibía fr. Francisco Coll la unción sacerdotal, en la capilla privada de su residencia episcopal.

No había transcurrido un año desde que Francisco y otros jóvenes religiosos dominicos del convento de Gerona, habían tenido que abandonar la vida conventual, por la fuerza de las conocidas leyes desamortizadoras del año 1835 y acogerse a la bondad de familiares o personas piadosas que se dignasen recibirlos. Fr. Francisco se resignó a abandonar la vida conventual pero no la vida consagrada. <llevabas muy dentro el espíritu del compromiso adquirido en la profesión religiosa. Además, no perdió la esperanza de que aquella catástrofe fuera pasajera, y prefirió esperar. Pasajera fue pero no estaba destinado el neo-sacerdote a ver el cálido amanecer de una restauración por la que suspiró hasta su muerte.

Para el Padre Coll, que vio la muerte muy cerca, en álgidos momentos de persecución, el sacerdocio tuvo mucho de premio, algo de triunfo, y una gran carga de responsabilidad apostólica. Fue un premio a su fidelidad y constancia. También fue un triunfo de la gracia de la vocación a la que se sentía llamado. Y significó un nuevo compromiso que estaba implícito en la profesión religiosa, y que suponía un aumento de la responsabilidad. Por esto, quiso ser ordenado como “dominico”, bajo el título de voto de pobreza, propio de las órdenes mendicantes. Toda su vida fue un sacerdote dominico, sin acceder a beneficiarse de las facilidades que las circunstancias obligaron a conceder a los religiosos excla-

característica buena fe y gran confianza en el prójimo, le deparó más de una incompreensión. Sacerdote para siempre y el mandato evangélico de anunciar la Buena Noticia, fueron los dos movimientos de sístole y diástole que impulsaron una misma corriente vital que hizo del bienaventurado Francisco Coll una elevada personificación del ideal sacerdotal y misionero.

En última instancia, la fundación religiosa que perpetua el espíritu del Padre, es una proyección de su dimensión sacerdotal y evangelizadora, concebida apostólicamente para dar a conocer a las personas y en los lugares más necesitados la luminosidad y la eficacia transformadora que emanan de la salvación y doctrina que nos ha legado el sumo y eterno sacerdocio de Jesucristo.

Herencia en plena productividad que debe continuar produciendo y haciendo el bien tras las huellas de los que pasaron por la vida SEMBRANDO.

P. Lorenzo Galmés O.P., Solsona 1986, en la celebración de los 150 años de ordenación sacerdotal de Francisco Coll.

trados, dispensándoles a algunos de los votos religiosos al incardinarse a una diócesis, como sacerdotes seculares.

Fray Francisco Coll, bajo la acción del espíritu Santo, hizo suya la espiritualidad profético paulina, enraizada en la entrañable figura de Abraham, de saber “esperar cuando no había esperanza” (Rom. 4,18). Es de santos y grandes hombres, tener sensibilidad para captar los destellos de eternidad que brillan en la oscuridad de los tiempos. El P. Coll los vio, y por esto no renunció a ser dominico. El carisma evangelizador propio de la Orden de Santo Domingo le había ganado para siempre.

Puede parecer inútil emparejar el sacerdocio con la actividad evangelizadora; y nadie duda de que todo sacerdote debe evangelizar, pues a esto ha sido enviado. Ciertamente se dan matices y variaciones sobre el tema, pero acción sacerdotal y evangelización están íntimamente vinculados. Es más, todo cristiano, por participar en el sacerdocio común de los fieles, efecto de la gracia bautismal, tiene que participar en la misión evangelizadora que a todos compete. A pesar de todo, en el caso de Francisco Coll se da una especial simbiosis entre su ministerio sacerdotal y su carisma evangelizador, dentro de la espiritualidad dominicana, que le hace acreedor de especial mención.

Renunció, en principio, a un ministerio sacerdotal tranquilo, al frente de un rebaño bien acomodado en torno al pastor, que le aseguraba una subsistencia material digna, y una actividad apostólica sin más complicaciones que la atención que exigen las personas de buena voluntad. A imitación de Santo Domingo que tampoco se resignó a la vida ordenada y pacífica de canónigo regular de Osma, una vez oída la llamada de la herejía, para internarse en el asfixiante mundo albigenense, enemigo acérrimo del predicador, con el fin de arrancar las almas del error, de la ignorancia, y de las superstición,

quiso el bienaventurado P. Coll sumirse en el riesgo de la inseguridad evangélica de predicador itinerante, y afrontar los peligros de tener que ir en busca de la oveja descarriada o perdida en el laberinto del pecado. Impacitados los dos por el mal que la ignorancia causaba entre muchos cristianos de buena fe, trabajaron incansablemente en una catequesis de largo alcance y proyección universal durante toda su vida. Tan positiva fue su actividad apostólica, que ambos merecieron fuese continuada por su respectiva familia religiosa.

Impregnado de lo que el Vaticano II exige a los sacerdotes, y que califica de deber de “llevar atravesada en el corazón la solicitud por todas las iglesias” (PO, 10ª), para realzar debidamente la dimensión misionera de los mismos, la predicación del Padre Coll se orientó muy pronto, con especial ahínco, cara a las misiones populares, para lo que le sirvió de gran ayuda, la experiencia que almacenó junto al Padre Claret. El carisma misionero, propio de la orden dominicana, que en él vibraba con toda su fuerza, halló el cauce definitivo que le marcó para toda su vida. Los más pobres y marginados, los más alejados y olvidados, y el reclamo de la pobreza evangélica, hallaron en él un servidor incansable.

El ambiente rural catalán decimonónico, en el que, como Misionero Apostólico, cumplió su misión de sembrador-evangelizador, se bandeaba a una serie de problemas socio-religiosos que reclamaban poderosas y urgentes soluciones. Mientras por una parte la ignorancia religiosa hacía estragos en las conciencias, por la otra, la relajación de costumbres amenazaba con destruir las raíces cristianas de la tradicional familia catalana. Había que atajar el mal a costa de lo que fuese. Para el Sacerdote su arma era la palabra, y de la palabra se sirvió el

bienaventurado Padre para oponer un dique de contención al avance de las fuerzas del pecado. Su predicación evangélica no pasaba desapercibida, y esto molestaba a muchos. Los enemigos de la santidad le persiguieron porque la vida del Padre era una denuncia constante. No faltaron sacerdotes y seculares, embotados de ciencia humana, que le despreciaron tildándole de ignorante, y rechazando su predicación por considerarla falta de contenido. Persecución y desprecio que suele ser el signo de los discípulos de Cristo que luchan por implantar el reino de Dios en la tierra. A pesar de las dificultades, el Padre Coll nunca pudo ser acusado de politizar la predicación, ni de predicar doctrinas ajenas al Magisterio de la Iglesia. La idea de que había sido enviado a anunciar el Evangelio a los pobres y humildes no le abandonó jamás.

Su poder de persuasión tanto en el púlpito, como en el confesonario, o en conversación particular, le venía, del irresistible convencimiento que destilaban sus palabras, de la sinceridad y emoción que acompañaron siempre sus intervenciones y de la gracia particular que sólo los santos alcanzan a conseguir del Señor.

De tener que resaltar algunas cualidades en particular, tendríamos que detenernos en su constancia, su entusiasmo, y su caridad por encima de todo y de todos. Insensible al cansancio, al desengaño y a la cobardía, retomó en sus manos el arado evangélico tantas veces cuantas circunstancias se lo quitaron. Fue la suya una dinámica muy personal, a tono con los signos de su tiempo, y plenamente concientizado por las necesidades espirituales de la comunidad cristiana a cuyo servicio estaba. Comprendió y amó inmensamente más a los otros, que lo que fue comprendido y amado por ellos. Y no se engañó. Lo sabía y estaba preparado.

Tampoco pecó de iluso o de idealista, aunque su